
EL PROBLEMA ORIENTAL

Y LOS

PROBLEMAS EUROPEOS.

No ocultemos la trascendencia de todo cuanto en esta hora solemne sucede. El gran moribundo, el Imperio turco, agoniza; pero de su agonía, que anuncia cuantiosísima herencia, no se aprovechan ni aquellas razas griegas, que tantos títulos tienen al agradecimiento de la humanidad por sus glorias históricas, ni aquellos pueblos de la luz y de la civilización, asentados á las orillas del Mediterráneo, el mar de las inspiraciones y de las ideas, y que miran con temor cómo las negras nieblas del Norte avanzan sobre sus límites orientales, donde tantas veces se han decidido los destinos del mundo en la sucesión de los siglos.

La guerra marcha con una lentitud propia de los pueblos del Norte. Desde que el emperador Alejandro dió la imperiosa orden de atravesar el

Pruth hasta ahora han corrido mucho más de tres meses sin ningun encuentro formidable y sin ninguna batalla decisiva. Y eso que los rusos caminan á su arbitrio, cual si no tuvieran enemigo alguno en los largos espacios recorridos, atravesando y venciendo líneas casi infranqueables de defensa con escaramuzas ligerísimas. El Pruth era uno de los seguros trazados contra Rusia, una de las defensas señaladas á Turquía. El príncipe que lo celaba, el Príncipe de Rumanía, vasallo nominal del Imperio turco, estaba allí como el centinela en la fortaleza, y la ha entregado cuando tenía el deber de defenderla. Y al entregarla, ha entregado tambien las riberas orientales del Danubio. Larguísima la preparacion del paso de este rio; pero segura, gracias á los recursos ofrecidos por el vasallo infiel á los enemigos de su señor. La primera tentativa se verificó por la Dobroutzka, cerca ya de la desembocadura, no léjos del mar, con las dos desventajas considerables de tener el flanco izquierdo amenazado por la escuadra turca; la retirada, imposible; el aprovisionamiento, difícil; la tierra, empapada en lagunas inmensas; y el aire, saturado de palúdicos miasmas. Pero indudablemente este paso por tan desventajoso sitio no tenía más objeto que encubrir la gran maniobra de atravesar el rio cerca de Sistova, no léjos de Rustchut, en territorio

más abierto á la invasion y ménos ocasionado á peligros y á daños. Los turcos no han opuesto la resistencia debida al progreso de los rusos. Ora sea por tener sus tropas empeñadas en la guerra del Montenegro; ora por considerar supersticiosamente casi imposible el paso á traves de aquellos mares interiores, formados de los brazos del caudaloso rio; ora por guardar mucha gente inútil en las fortalezas, tras cuyos muros pelean como fieras; ora por repetir la estratagema de Asia, donde han dejado internarse al enemigo para caer luégo sobre él con gran golpe de gente y obligarlo á desalojar la Bulgaria, como lo han obligado á desalojar la Armenia, resulta, como un hecho comprobado á ciencia cierta, que los turcos han mostrado flojedad é inercia incomprensibles en los comienzos de esta decisiva campaña.

Inmediatamente han procedido los invasores como procedieron los alemanes al penetrar en aquella Alsacia que pensaban retener bajo su victoriosa bandera; inmediatamente han tomado posesion del territorio, han establecido sus autoridades, han puesto sus guarniciones, han declarado poco ménos que propiedad perpétua del Imperio ruso aquella importantísima parte del Imperio mahometano. Verdad que el Canciller persevera en sus declaraciones de completo des-

interes, y en sus protestas de resistencia á toda anexion y á todo engrandecimiento; pero verdad tambien que las decisiones de los imperios no dependen tanto de las notas diplomáticas como de los artículos periodísticos; y los artículos periodísticos, por los cuales se escapa la voz de Rusia y se impone su voluntad soberana, piden con verdaderas instancias la anexion de la Bulgaria como una de las compensaciones indispensables exigidas por los grandes sacrificios de la guerra. Pero, áun dado el caso de que la fidelidad al juramento hecho en los comienzos de la campaña, y el temor á las amenazadoras complicaciones, decidieran al vencedor, hasta en los vértigos de la victoria, por una constitucion autonómica de Bulgaria, el Imperio turco estaba definitivamente perdido. La negra águila que anida en las orillas del Neva extenderia sus garras hasta las orillas del Bósforo. La raza eslava se extenderia imperiosa por la antigua Tracia, donde la historia y el derecho piden á una el predominio de la raza griega. Y entregado el Pruth á un agente de Rusia, al principado rumano; entregado el Danubio á otro agente de Rusia, al principado búlgaro; libre y franqueable, por consecuencia, la gran fortaleza natural de los Balkanes; un camino directo se abriria desde el corazon de las estepas rusas hasta el corazon de las tierras tur-

cas, por la posesion de la línea del Henio, y por la facilidad de caer, desde las cordilleras que separan la antigua Tracia de la Mesia antigua, en la nueva Rumelia, hasta llegar al Ponto Euxino y apoderarse del codiciado talisman que está contenido en el anillo donde se juntan y enlazan Asia y Europa, y que se llama Constantinopla, tan deseada de las razas del Norte hoy como en otro tiempo la omnipotente y prestigiosa Roma. Y como el mundo no se apoya todavía en la razon del derecho, sino en la razon de la fuerza; como los eslavos, apoyados en sus hermanos los rusos, aparecen como los fuertes y tendrian con seguridad siempre á su lado la espada incontrastable del grande imperio, no hay que dudarle: toda la victoria conseguida por la civilizacion se reduciria á esclavizar á los griegos, despojándoles de aquellas tierras, en completa armonía, por su luz y por su belleza, con el carácter y el alma de la divina Grecia.

Los asuntos de Oriente tienen tales complicaciones, que no pueden decidirse los votos de los liberales con aquella rapidez y aquella resolucion con que se decidieron, por ejemplo, en la guerra entre Austria é Italia. Entónces tratábase de abierta contienda entre la nacion opresora y la nacion oprimida: nuestros corazones se inclinaban, como siempre, movidos por la fuerza que la

idea del derecho tiene en nuestras conciencias, del lado de los oprimidos. Pero hoy se trata de combatir un despotismo que todos odiamos, el despotismo turco, y sustituirlo con otro despotismo, odioso tambien, el despotismo ruso. Se trata de libertar una raza oprimida, la raza eslava, mas para convertirla en raza opresora; sí, en opresora de los griegos. Allá por los años de 1867 y 1868 se empeñó un combate litúrgico, sobre el cual no acertó á fijarse la atencion pública de Europa, y que encerraba en sus apariencias teológicas todas las cuestiones políticas de Oriente. Los búlgaros cristianos, pertenecientes en su mayor parte á la Iglesia griega, demandaban la separacion del Patriarcado glorioso que reside todavía en Constantinopla, y que tiene dividido el mundo cristiano en imperio oriental de Bizancio é imperio occidental de Roma, como si no hubiera muerto el antiguo mundo. Los griegos de las orillas del Bósforo; los residuos de la antigua nacion, esparcidos por las florestas de la Tracia y de la Mesia; los mismos atenienses comprendieron al momento, con esa finura de percepcion natural en su raza, el secreto de toda aquella agitacion, el espíritu político encerrado en todas aquellas manifestaciones litúrgicas, el cual se reducía á constituir una especie de nacionalidad espiritual búlgara, mucho ántes de que exis-

tiese la nacionalidad política, en competencia con las helenas, y en prevision de la muerte inevitable de Turquía y de la participacion necesaria en su cuantiosa herencia. Así es que porfiaron contra la autonomía religiosa de Bulgaria, por opuesta á la supremacía de los griegos, y por apoyada del Sínodo de Petersburgo, muchas veces presidido por un general de caballería, y apoyada tambien del embajador moscovita, personaje tambien de espuela y látigo, como si todo en Oriente debiera oler á pólvora. ¡Ah! El mismo Sultan contribuyó á la independencia religiosa de Bulgaria, en venganza del proceder de Grecia con la insurreccion de Creta, sin prever ni sentir que al separarla de los griegos, ¡imbécil! la unía estrechamente con los rusos. Ved ahora cómo tras la cuestion religiosa se plantea en toda su desnudez la cuestion política.

Y los rusos avanzan á más andar en sus excursiones al interior de Turquía, donde habrán de detenerse ó habrán de suscitar inmediatamente la guerra europea. Y despues de franquear las dos líneas de la defensa turca, el Pruth y el Danubio, franquean la tercera, los desfiladeros de los Balkanes. Esos jinetes cosacos, que parecen unidos con sus caballos, de una ligereza y de una rapidez incomparables, andan leguas y leguas sin cansarse nunca, especie de monstruos

como aquellos soñados por la mitología ó como aquellos descritos por los historiadores de las irrupciones bárbaras; esos cosacos han atravesado los Balkanes y han recorrido sus vertientes meridionales, desde cuyos riscos amenazan la Rumelia, contemplándola con la codicia con que contemplaban los mercenarios y su general Aníbal la florida Italia desde las altas crestas de los Alpes. Semejante operacion les da medios de fortificar las cabezas de puentes, necesarias así á la invasion como á la retirada, y de tener bajo su mano la línea férrea que liga Constantinopla con Andrinópolis. No cabe dudarle: el objetivo de la campaña es manifiesto: la ciudad de Constantino, donde se proclamó la libertad del Cristianismo y se estableció la Iglesia de Oriente. ¿Qué harán Austria é Inglaterra? Dejemos la palabra á los acontecimientos.

Y por cierto que hablan bien alto. En cuanto sucede se ve, se toca la próxima caída de ese Imperio turco, que hace tres siglos dominaba con dominio incontestado é incontestable el Oriente de Europa. Todas las noticias confirman la gravedad de los sucesos y revelan la eficacia de sus inmediatas consecuencias. No es una operacion atrevida pero pasajera, ni una estratagema hábil que apunta lejanos proyectos, ni una de esas exploraciones de vanguardia que los ejérci-

tos acometen con temeridad, rebasando su línea de operaciones y retrocediendo en seguida; es el paso de unas cordilleras tenidas por inexpugnables, en sus desfiladeros más agrios y más peligrosos, y con tal número de gentes, que ya hay al otro lado de los Balkanes, en la vertiente del Mediodía, todo un gran cuerpo de ejército, dispuesto á desprenderse como inmenso alud sobre la maravillosa Constantinopla. De los ciento veinte mil ó ciento treinta mil hombres que la inercia turca ha dejado instalarse en la orilla derecha del rio, una parte se ha dirigido contra Rustchut para amenazar el cuadrilátero; otra parte sobre Nicópolis para tener siempre abiertas las comunicaciones con el Danubio, á fin de ocurrir al aprovisionamiento y precaver una retirada; miéntras la mayor parte, con la celeridad del rayo, como queriendo detener y petrificar el enemigo á virtud de los prestigios propios de la audacia, se encuentra aquende esa cordillera, en cuyas crestas parece erigida por el poder divino la invencible defensa de Turquía. Al paso quizá más peligroso le ha llamado la intuicion de los pueblos Puerta de Hierro; y en esa puerta de hierro no tenía la imprevision que acomete á los imperios decadentes más que un solo batallon, como si confiase la propia seguridad á la ciega

resistencia de la Naturaleza, á la milagrosa intervencion del cielo.

Lo cierto es que el nombre del general ruso, acometedor de esta empresa, quedará, si triunfa, entre los nombres más gloriosos; y si cae, entre los nombres más tristes de la historia, como expresando una ciega y estéril temeridad. Pero lo juzgado sin apelacion é irremisiblemente perdido en la conciencia pública es ese Imperio turco, que ni siquiera sabe pelear con ardor y morir con gloria. Los sucesos que han sobrevenido de dos siglos á esta parte señalaban la decrepitud; pero los sucesos de ahora señalan una fuerza de descomposicion ya irresistible. Es el cadáver que pide tierra con su hedor. Aquellos sultanes que aparecian y desaparecian como en teatral espectáculo; aquellos ministros de la Guerra á quienes bastaba una guarnicion mal segura para deponer y cambiar el jefe de los creyentes; aquellos softas que se insurreccionaban é imponian su voluntad tumultuaria; los grandes dignatarios sorprendidos en sus consejos y asesinados; el vizir que habia logrado dar á la política cierto sentido progresivo, depuesto como un criminal y lanzado al destierro cuando el Imperio necesitaba de sus defensores; todos estos hechos demuestran tal descomposicion, que no hay esperanza ninguna

de un nuevo despertamiento á la vida, y por consecuencia, de nuevas fuerzas y nuevos recursos para la guerra.

Miéntas no parece un destacamento turco por los sitios donde más Turquía necesitaba defenderse, cuéntase cómo Gourko ha tomado el paso de Chipka, que fortificará ántes de perderse en ese hondo valle, por donde corre el Hebro de los antiguos, el Maritza de los modernos, y que conduce á Andrinópolis, verdadera clave de Constantinopla. Todo el tiempo de espera empleado en los diversos pasos del Danubio se ha resarcido con esa rapidísima campaña de los Balkanes. Diríase que los invasores tienen alas en los piés, según caminan. Diríase que los turcos han sido devorados por la tierra, según desaparecen. Apenas sabemos el paso del Danubio, cuando ya sabemos que han tomado á Nicópolis; apenas la operacion de los Balkanes, cuando ya el franqueamiento de las Puertas de Hierro; apenas el franqueamiento de las Puertas de Hierro, cuando la fortificacion de los principales puntos estratégicos; apenas la fortificacion de los principales puntos estratégicos, cuando la presencia al frente de Filipópolis. Esta ciudad, como su nombre indica, perteneció á los antiguos reyes de Macedonia, y se asienta á las orillas del aquel rio Hebro, de cuyo nombre tantas conjeturas se han sacado para

demostrar el parentesco entre los primeros pobladores de la antigua Grecia y los primeros pobladores de la antigua Iberia. Y esta ciudad dista unas treinta leguas de Andrinópolis, distancia que revela cómo, dados estos adelantos, ni la fuerza de la nación invadida, ni las maniobras de la diplomacia europea, podrán impedir que llegue el invasor á su verdadero objetivo: al codiciado Bósforo.

Y las operaciones auxiliares á esta fundamental continúan con idéntica fortuna. La línea trazada por Trajano á fin de impedir el paso de los bárbaros y defender la region oriental de su imperio en Europa ha sido atravesada. La Dobrouzka está ya en poder de los rusos como una presa necesaria á sus conquistas. Un cuerpo del ejército vencedor acampa ya á la vista de los muros de Widin, y otro cuerpo se dirige á marchas dobles hácia Varna. El objeto principal de esta operacion no puede desconocerse: entretener las guarniciones del cuadrilátero, impedirles salir, para que los empeñados en las maniobras de allende los Balkanes puedan moverse con toda libertad, sin temor alguno, ni á una sorpresa de flanco, ni mucho ménos á un ataque por retaguardia. Y mientras tanto, nos preguntamos atónitos: ¿Dónde está el ejército turco? ¿Qué se ha hecho de esa escuadra, cuyos fuegos tanto eran de temer

allá en la desembocadura del Danubio? ¿Qué piensa Inglaterra del afflictivo estado á que ha venido su pupilo, cuya existencia tanto importa á su existencia? ¿Cómo el Austria puede resignarse á este grito de guerra á favor de los eslavos, que resonará muy pronto desde sus posesiones de Bohemia hasta sus posesiones de Croacia? ¿Qué harán los griegos cuando vean que sobre esta esperanza de la resurreccion de Grecia se extiende la helada estepa de Rusia? Bismarck mismo ¿puede ver sin recelo el crecimiento de una raza enemiga de su raza, y el triunfo de una potencia que áun posee como tierras de conquista provincias alemanas en las orillas del Báltico? Francia, España, Italia, ¿no tienen ningun interes en Oriente; no preven, como naciones católicas, el día en que pudiera la capilla del Santo Sepulcro convertirse en un oratorio del Czar, autócrata en toda la extension de la palabra, Emperador y Pontífice, con la espada victoriosa en una mano y las llaves del cielo en la otra? El problema de Oriente contiene en sí todos los problemas europeos.